

miga celestial! Dimelo, que yo prometo á tu hermosura poner sin resistencia mi pecho, aunque será corta victoria tuya matarme estando ya rendido. A cuyas amorosas razones respondió esto doña Mayor: Pues mi suerte no ha querido en dos lances darme venganza, dame la muerte que te solicité. Yo soy doña Mayor, la infelice hija de aquel á quien tú con el báculo enturbaste el líquido coral de su sangre estando ausente de su casa; yo soy la que intenté lavar con la tuya el borron de mi honor siempre altivo; mátame, digo otra vez, pues sin duda el cielo mas procura mi muerte que la tuya; toma este mismo puñal que habia de ser tu homicida, y escóndele en este pecho para que no publique el desdichado intento suyo. No quiera Dios, respondió el caballero, que en tu femeníl y hermoso objeto derrame líquida grana quien enamorado de tu arrojamiento rinde la libertad á tu belleza; y porque veas cuánto me toca tu deshonor y cuánto yo mismo le desfiendo y procuro, digo que soy tu esposo, para que en la ley del duelo se vea que siéndolo, no puedo ser tu ofensor, con que yo quedo logrando dos efectos, que son ser dueño de tu hermosura y haberte vengado de mí mismo. Tu padre queda con su honra, tú consiguiendo dos victorias, la de rendirme y la de prenderme, que sin duda lo estoy en tus celestiales ojos, en cuyo Argel no pretendo libertad, pues mi cautiverio será la mayor gloria y la mas dulce prision que puede darme el acierto. Preguntóle la causa de su venida á aquella parte, y doña Mayor le contó todo el suceso hasta llegar allí con Cardenio, con que quedó conocido

del caballero por verdadero socorredor suyo. Pues porque veas, prosiguió, que lo que te he dicho y el hacerlo son una misma cosa, quédate en mi cuarto, en cuanto voy á buscar á quien nos despose, que ya la aurora, precursora de mis dichas, viene comunicando luces y ilustrando los chapiteles de las mas levantadas torres. Pues si mi venganza surte efectos por ese camino, dijo doña Mayor, yo me tengo por dichosa en ser tuya. Y así, tomándola por la mano, la llevó á una galería de su cuarto, y despues á una antecámara, todo tan lleno de riquísimos adornos, que entretenida estuvo la hermosa dama el tiempo que el caballero dispuso en traer al cura de su parroquia, que los desposó, quedando en eterno lazo.

Trajeron en este tiempo aviso de cómo Cardenio estaba preso, y yendo el caballero á la cárcel con toda diligencia, informado de todos los sucesos de su desgracia, dióse tan buena maña, que á las diez del dia estaba el preso Cardenio en su casa libre. Era este príncipe un retrato de Alejandro, porque en su cantidad hizo iguales cosas en el discurso de su vida; quiso pues pagar á nuestro desgraciado lo que le debía, y hallando que nada era bastante segun su generosidad, le dió por esposa á su prima doña Serafina, la cual á este tiempo amaba tiernamente á Cardenio, y padecía en el piélago del silencio, y declarado el primo con ambos, tuvo efecto el dichoso himeneo, y fin las desdichas de Cardenio con una suerte tan poco esperada de sus infelicidades, dando á entender las estrellas que nadie se llame desdichado hasta el último vale.

---

## SUCESOS

# Y PRODIGIOS DE AMOR,

NOVELAS COMPUESTAS

POR EL LICENCIADO JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

---

## LA VILLANA DE PINTO.

AL DOCTOR DON GUTIERRE,

MARQUÉS DE CAREAGA, CORREGIDOR DE ALCALÁ DE HENÁRES.

---

CUANDO me puse á escribir estas novelas no habia visto en Francisco Petrarca el diálogo sesenta y cuatro, donde, tratando de los que con poca experiencia y estudio dan sus obras á la imprenta, dice: *Omnes sibi usurpant scribendi officium, quod paucorum est.* Bien sé que me atrevo á mucho, y que alguno me pagará el deseo de entretenerle con murmuraciones y sátiras, que son las injurias del entendimiento; con razon injurias, pues por eso lo son, segun Ulpiano, *quoniam sine jure fiunt.* Desaire y aun poca nobleza parece ofender á quien desea acertar, y mas cuando no yerra en todo. Verdad es que algunos lo merecen, porque tienen á los demás tan ofendidos su lengua y presuncion, que solo se espera á que tomen la pluma para marginarles sus escritos. Estos tales no pueden tener queja, porque á los agravios no corresponden encomios; consejo es de Séneca: *Si vis amari, ama.* Yo tengo muy gran consuelo en saber que hablo de todos con tanta modestia, que nunca he llegado á presumir que compito con el menor; á todos alabo, estimo y reverencio; plegue á Dios que me valga. Esta novela escribí estando en la villa de Alcalá de Henáres, donde vuestra merced es Licurgo y Apolo, gobernándola con tanta cordura y acierto, que en profecía lloran su ausencia los que merecen comunicarle (justo afecto á su sangre, virtud y letras). Cuando quisiere vuestra merced malograr algun rato, puede pasarla, siquiera porque ha querido valerse de su autoridad, no sin misterio, pues con tal asilo tendrá por el dueño lo que desmerece por el padre. Guarde Dios á vuestra merced largos años.

Su aficionado servidor,

El licenciado JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

---



## LA VILLANA DE PINTO.

Vestido estaba el cielo de diversos diamantes, y el hermoso planeta que es lisonja de la noche y tiene segundo lugar en las esferas se mostraba tan liberal de rayos, que parecía que el sol no se había despedido, ó empezaba otro; la noche estaba en brazos de su sosiego, y el día daba lugar á que heredase su presencia el que le seguía en la sucesion, siendo fénix de breves horas, cuando Albanio, dejando un pequeño rebaño de ganado que apacentaba á los regalos de la yerba, se quejaba tiernamente de su corta dicha, rogando á los piadosos cielos le quitasen un amor justo que tenía, ó que le diesen ejercicio mas á propósito para poder gozarle. Amaba á una pastora que le dió el cielo por compañera; víase lejos de sus brazos, amante de sus ojos, y ausente de su hermosura, que el amor tambien visita los campos y suele vivir entre las peñas. Sentóse junto á la orilla de un arroyuelo, que con piés de plata iba por márgenes de rosas pisando arenas de oro, siendo vida de unos pequeños árboles, que en confianza de su corriente pensaban ser gigantes á pocas primaveras. Divirtiése con las imaginaciones de su gloria, que el pensamiento es un hechizo para quien quiere bien y no ve lo que quiere; y estando entretenido con las hermosas flores y traviosos cristales, sintió no muy lejos de donde estaba una voz que con lástimas y suspiros llamaba la muerte y enamoraba los aires. Púsose Albanio en pié, y enternecióle el alma, que no tenía tan rústico el pecho que huiese la cara á la piedad, ni era de tan humilde corazón que se consintiese rendir al miedo: era alentado aunque pastor, y compasivo aunque villano. Y empezando á discurrir por la margen de aquella sucesiva plata, se acercó á la parte en que le parecía que estaba el dueño de aquellas ansias. Llegó á una pequeña isleta, tan coronada de espesos árboles, que apenas en su distrito tenía jurisdiccion el día, y entrando por el apacible bosque, vió una dama de gallarda presencia, que, desmayada con los dolores de un recio parto, casi se iba olvidando de su propia vida. Acercóse á ella, y vióla sin mas compañía que el infinito número de sus congojas y el lado de un ángel que poco antes había tenido lugar en sus entrañas, y ya gozaba de menos abrigo entre las esmeraldas de la yerba. Tomóle en los brazos dándole algun calor con su pobre capa, porque los agravios de la noche no se atreviesen á su tierna vida;

y acudiendo á la casi difunta madre, la despertó de la breve muerte preguntándola quién era y animándola con las razones que le había enseñado una discreta piedad y una cristiana cortesía. Reparó la dama en el caritativo pastor, y atribuyó á clemencia del cielo haberle enviado en aquella ocasion; y esforzándose cuanto pudo, le rogó que la acompañase hasta dejarla donde había salido. Hizolo así Albanio, y ella, agradecida á su piedad, le dijo en la distancia del camino desta suerte:

Yo soy una mujer que me puedo calificar de hermosa, si acaso es cierto que las desdichas acompañan á la belleza; nací de nobles padres, aunque demasadamente crueles conmigo, porque desde mis tiernos años se determinaron de ofrecerme á la religion, consultando este pensamiento, no con mi inclinacion, sino con mi obediencia, diciendo que no ha de haber en el gusto de los hijos mas eleccion que el albedrío de sus padres; y la razon no fuera desatinada si el cielo atendiera á estas leyes y las voluntades tuvieran una misma calidad, pues aunque se forman en una turquesa, suelen inclinarse á diferentes fines; yo nací con otra estrella, y aunque lo intenté, jamás pude alcanzar de mi voluntad que se dejase sacrificar al deseo de mis padres. No aprovechaba con ellos la disculpa de mi contrario pensamiento, pareciéndoles que en defenderme los ofendía, y aun enojaba á Dios, pues llevaba tan mal los consejos de ser su esposa: atribuyeron á liviandad mi resistencia, y resolvieron en no darme estado alguno con gusto mio, pues tampoco les obedecía en el suyo. Pasábase con estas discordias la lozanía de mi juventud, sin deberles la menor memoria de lograrla, y erraban verdaderamente, pues no advertían que estamos en tiempo que las mujeres apenas lo son cuando se casan ellas: víame desesperada, porque esto sucedía en tiempo que ya yo había empleado los ojos en un caballero que merecía por su persona cualquiera estimacion, y la que yo hacia de sus prendas pasaba de amor á locura; que las flaquezas tambien se atreven á mujeres principales, porque el alma no puede excusarse de las pasiones comunes. Era mi amante callado en sus intentos, prudente en sus determinaciones, afable con todos, enamorado conmigo, galán sin preciarse de serlo, y discreto sin haber nacido desgraciado ó pobre: tenía ocasion bastante para verme á todas horas, porque

de día estaba en frente de mi casa, y de noche dentro della. Creció la voluntad porque creció la comunicacion, que es peligroso en la mujer mas recatada estar siempre con quien la adora ó por lo menos se lo dice. Víame perseguida de mis padres y rogada de quien yo quería; en las manos estaba cualquiera liviandad, si lo es hacer á un hombre absoluto dueño de mi honra con seguridad de ser mi esposo: gozóme una noche, quedando yo con mas amor, y él con mayores obligaciones. Su padre era natural de Salamanca, ciudad insigne, madre de las ciencias, y gloria de Castilla; queríale casar con una deuda suya, que los padres no tienen por casamiento acertado el que no se determina con su consejo; mi esposo los entretenía con palabras, y por mi ocasion dilataba su partida. Sucedió pues que á mi padre, por sus muchas letras y continuos estudios, le dió su majestad una plaza en Granada, que fuera de la corte es de los mejores premios. Tuvo á dichosa suerte la mejora de estado, y empezó á tratar de su ausencia cuando mi esposo no se podía resolver á efectuar lo mismo que deseaba, por haber venido su padre á solicitar su partida y tratar juntamente el casamiento con aquella dama que le había escrito tantas veces: yo tampoco me atrevía, porque los míos eran de tan terrible condicion y escuchaban tan mal las cosas mías y mas enderezadas á casamiento, que fuera muy posible quitarme la vida si supiesen que disponia de mi voluntad, menos que con un hábito y una celda; y lo que mas me afligia era el verme con algunas señales de preñada: lloré mi poca ventura, tanto, que en mil ocasiones quise matarme, y pienso que lo hubiera hecho á no mirar que peligraba con mi vida la de mi esposo, que me adoraba, y la de ese ángel, que apenas conozco, aunque me cuesta infinitos dolores. Entreuve la partida cuando me fué posible fingiéndome enferma de otros achaques de mujeres, contando al médico la verdad para que ayudase mi fingimiento y pudiese disimular en la cama lo que no sería tan fácil encubrir de otra manera; pero mi padre, que se desvelaba poco en mi regalo, y le afligia menos mi falta de salud, informándose de mi cara, no de mis pulsos, y pareciéndole que mi achaque mas era melindre de dama que disposicion de enferma, ordenó su viaje, y sin darme mas lugar para despedirme de mi dueño que la brevedad de un papel, en el cual mas á fuerza de lágrimas que de razones encarecí mi desgracia, mi triste ausencia, mi corta dicha y los peligros que me aguardaban, hizo de modo que hoy á medio día salimos de la corte, dejando en ella no menos que la libertad y el gusto. Despedíme de mi amante con los ojos, y harto le dije, si me quiso entender, con ellos. Llegamos esta noche á Pinto, que aunque no es derecho camino para nuestro viaje, fué forzoso para la disposicion de un pedazo de hacienda que en él tenemos; y apenas los de mi casa se habían vencido del primer reposo, cuando sentí algunos dolores, que me parecieron menos de lo que eran, por tener otros que me afligian el alma; pero crecieron de manera, que conocí declaradamente que eran premisas ciertas de mi parto, y de-

jando á una criada que sabia mis flaquezas en mi cama, por si acaso despertaban mis padres, sola, turbada y animosa remití mis congojas al campo, y en este aposento de flores, que sin duda le hizo el cielo tan oculto porque estuviese mas callado mi delito, sin mas ayuda que la de un árbol y sin mas descanso que mis suspiros, animándome la necesidad, le dado envuelto en púrpura ese parto de mis entrañas, y estando á tiempo que la mucha falta de sangre me tenía casi entre los brazos de la muerte, llegaste piadoso y compasivo para remedio de dos vidas, y lo que mas es, para que con tu amparo pueda encubrir la falta de mi honra, volviéndome á la parte donde salí, si acaso me dieran lugar las pocas fuerzas de mi ánimo, para que ya que me quiten la vida mis desdichas, no sea con infamia de mi opinion y menoscabo de mi decoro.

Todo esto escuchaba Albanio tan enternecido como la misma que lo decía, porque desdichas, lágrimas y mujer pondrán piedad hasta en las mismas piedras; y preguntándole la dama su nombre y adónde residía, sacó un bolsillo con algunos escudos, y se los dió diciendo hiciese criar aquella hermosa prenda, que tendría cuidado de avisar á su ausente esposo para que acudiese con puntualidad á satisfacer el presente favor y la crianza de aquel ángel. Prometió obedecerla con infinito cuidado, y dejándola en la parte que por las señas decía era su casa, se despidió admirado del peregrino suceso, y particularmente del gran valor que había tenido sola y en tan conocido peligro; pero ¿qué no hará una mujer porque no se entiendan sus flaquezas? Qué imposible no intentará porque viva encubierta su deshonra? Llegó el pastor á su pobre casa, y refiriendo á su esposa lo que había sucedido, diera materia para algunos maliciosos celos, si no la desengañara el oro que traía, que en todas ocasiones es el crédito que tiene mas jurisdiccion en los oídos; y acordándose que una vecina suya había parido pocos días antes tan desgraciadamente, que apenas un hijo que le dió el cielo pisó los umbrales de la vida cuando acrecentó el número de los ángeles, fueron al punto para que intentase criar la belleza de una niña que pudiera el cielo codiciarla por serafín en la inocencia y hermosura, y dejándola en sus brazos, trataron á siguiente día de comprar las cosas necesarias para el adorno forzoso de su limpieza. Ya su padre en este tiempo, viendo que faltaba de sus ojos su adorado dueño, había dado la vuelta á Salamanca, y sabiendo por cartas ciertas el suceso de aquella noche, escribió á Albanio, enviándole bastante agradecimiento de su diligencia, y aunque por una desgracia que en ella le sucedió le fué forzoso pasar á Italia, dejó primero á cargo de un amigo el cuidado desta obligacion, el cual lo hacia tan liberalmente, que en pocos años se halló Albanio contento y rico, gozando una vida descansada. Creció Silvia, que así se llamaba la disfrazada labradora, y apenas tenía cumplida la necesaria edad para poder usar del matrimonio, cuando los que valian mas en el lugar la amaban y obligaban para mujer propia. Era tan blanca, que la nieve perdía



delante de su cara la opinion que habia cobrado en la region del aire; los cabellos pudieran serlo del sol, y acercábanse tanto á la tierra, que parecia, como eran oro, que querian volverse otra vez á su centro; tenia los ojos alegres, aunque negros, tan señores en lo que miraban, que pocas veces pagaron lo que debian; las mejillas no consentian artificio, porque con naturales rosas se mezclaba graciosamente el alabastro con la púrpura, y la plata con los claveles; la boca era una pequeña herida que remataba con hermosa sangre el animado cristal donde estaba hecha; y la manos eran dos azucenas vivas, que dejaron de ser nieve porque no se les atreviese el sol en nada. Era de condicion agradable y llana, si bien tenia unos pensamientos tan hijos de su nobleza, que se espantaba de verse con alma tan cortesana teniendo engaste tan humilde. Parecíale bien la bizarría de muchos caballeros que pasaban de camino, no por liviandad, sino porque la decia el corazon, aunque confusamente, su ilustre nacimiento, que tambien con la sangre suelen heredarse las inclinaciones. Y estando una tarde de verano dejándose gozar del fresco viento que para llevar olor á las flores se favorecia de su boca, acertó á pasar un caballero de Madrid, llamado don Diego Osorio, en compañía de amigos y criados, y miró aquella deidad, que, aunque guarnecida de paredes toscas, daba lugar al entendimiento para que reparase en sus divinos rayos: pasó adelante, y aunque mil veces quiso volverse, se resistió, pareciéndole poco valor rendirse á una villana, como si el diamante perdiese de su precio porque estuviese guarnecido en plomo ó cercado de piedras falsas. Venció, en fin, por entonces aquel deseo, que era firmeza de la voluntad, y llegó á Aranjuez, donde negoció lo que pretendia con mas brevedad que imaginaba, por volverse á Madrid ó quedarse en Pinto, que allí está la corte para un hombre donde está su gusto. Fué á ver á Silvia para que juzgasen sus amigos si tenia disculpa; informáronse de un labrador honrado, que se tuvo por dichoso en servirlos, y sabiendo que estaba entretenida en una buerta con otras amigas suyas, fueron todos á verla. Salió Silvia cuando ya el sol con una noche demasiado oscura habia desamparado el dia; saludóla don Diego con el respeto debido á su recato, y viendo que la noche animaba su cortedad, se atrevió á decirle alguna parte de su cuidado; pero aunque á Silvia no le desagradaban las personas de su porte, no quiso dar ocasion respondiéndole á parecer, si no liviana, por lo menos bachillera, que en habiendo desigualdad, la conversacion parece descompostura, porque no hay intento que la disculpe, ni fin honesto que la acredite. Fuése sin volver los ojos, por cumplir con su recato y no dar venganza á muchos, que como conocian su demasiada tibieza, quisieran que resbalara en algo, para que no fuese mas señora de su voluntad que todas ellas. Quedó don Diego por una parte contento de haber visto lo que deseaba, y por otra desconfiado de su fortuna; mas advirtiendo en que aquel disfavor no seria desprecio de su fortuna, sino estimacion de su vergüenza, se

determinó á probar si con menos testigos se mostraba mas piadosa, y en la mitad de la noche con los instrumentos que habia buscado la curiosidad de su deseo, arrimado á las paredes de Silvia y alabando entre las demás perfecciones de su cara su hermosa boca, que lo era tanto, que para rendir los corazones apenas habia menester sus ojos, cantó, ayudándole otros dos criados músicos, desta suerte:

Clavel dividido en dos,  
Tierna adulation del aire,  
Dulce ofensa de la vida,  
Breve concha, rojo esmalte,  
Puerta de carmin por donde  
El aliento en ámbros sale  
Y corto espacio al aljofar  
Que se aposenta en granates,  
Depósito de albedríos,  
Hermosa y púrpura imagen  
Del murice que en la concha  
Guarda colores de sangre,  
Cinta de nácar con quien  
Tiro se muestra cobarde,  
Y aun sentida, porque el cielo  
Paso mas en menor parte,  
Justo aplauso de los ojos,  
Hermosa y pequeña cárcel,  
Muerte disfrazada en grana,  
Si hay muerte tan agradable,  
Tiganta deleitosa,  
Cuyo vergonzoso engaste  
Es mudo hechizo á la vista,  
Siendo un imperio suave,  
Guarnicion de rosa en plata  
Y de nieve entre corales,  
Discreta envidia á las flores  
Que un mayo miran constante,  
Y en fin, cifra de hermosura,  
Si permitis que os alabe,  
Decidme vos de vos misma  
Porque os sirva y no os agravie.  
Mas la empresa es infinita,  
Yo may vuestro, perdonadme,  
Porque solo sé de vos  
Que habeis sabido matarme.

Oyóla Silvia, y conoció que era el caballero que la habia hablado aquella noche; quisiera abrir la ventana por no acreditarse de villana en la cortesía, pero tenia miedo á alguno que lo pudiera ver, y aun dijera mas de lo que habia visto; agradábala en don Diego el talle, la cortesía y el entendimiento, y parecíale que estuviera empleada á gusto suyo si el que llegara á merecerla fuera de aquellas partes; pero acordándose de su humilde nacimiento, despidió de la memoria estas imaginaciones, y remitió, aunque no tan presto, estos develos al olvido. Confirmó don Diego su desgracia, pues aun oyendo alabanzas suyas, habia disimulado el agradecimiento; fuése á su posada mas inquieto que prometia su buen juicio, pidiendo á la industria alguna traza para vencer aquel desden, y no la hallaba, porque quedarse en el pueblo era publicarse por amante suyo y ofenderla con lo que pudiera obligarla; porque en un lugar corto está peligroso el secreto destes cuidados, y una mujer suele rendirse á los deseos de quien la adora viendo que solamente el cielo sabe su delito; mas cuando conoce que aquellos pensamientos son públicos, se va á la mano en agradecerlos por librarse de los rigores del vulgo, que está aguardando que tropiece en su facilidad para tener conversacion á costa de su fama; irse

á Madrid, que era el mejor medio para olvidarse de todo, no se lo consentia su amor y la belleza de Silvia. En efeto, el enamorado caballero discurría en estas cosas tan desesperado y perdido, que se puso á imaginar si mudando traje la agradaria mas, pues era posible que la hacia desdeñosa, no su talle, sino su diferente calidad; que si una esperanza es desigual, no abre de buena gana la puerta al agradecimiento, y parecióle que si le viera Silvia, no adornado de locas galas, sino vestido de humildes paños, por su igual siquiera le amaria; durmió sobre este pensamiento, y resolvióse á buscar por todos caminos remedio; llamó al dueño de la casa, y contándole su mucho amor y la poca esperanza que le daba la tirana condicion de Silvia, le refirió el intento que habia pensado para conquistarla, y que advirtiese que de ser con su favor, que él le prometia satisfacerlo; decia esto con tanto afecto y tan verdaderos suspiros, que el viejo, obligado de la promesa y enternecido á sus pesares, le prometió hacer de su parte cuanto le fuera posible, y acordándose que habia tenido un hijo que apenas conoció la primavera de sus años cuando dejó su patria, sin tener hasta entonces nuevas de su fortuna, le dijo que él echaria fama de que habia venido, y desta manera podria seguramente pretender el dichoso fin que deseaba. Agradecióle don Diego con infinitos abrazos la merced, y avisando á sus compañeros desta trasformacion, se partió á Madrid á componer sus cosas, y haciendo vestidos curiosos, aunque villanos, y mudando el nombre de don Diego en Cardenio, volvió una noche á la casa de su nuevo padre, el cual divulgó por todo el lugar la venida del no esperado hijo, y todos le dieron mil parabienes, viendo que despues de haberse librado de los trabajos de criarle le hallaba tan mejorado y tan hombre. Empezó Cardenio á darse á conocer con los mejores del lugar, y como sabia tan bien los términos de la cortesía y era tan galan en aquello que permitia la humildad del traje, todos le envidiaban, y de todos se llevaba la voluntad. Vivía alegre y satisfecho de su buena suerte, porque en efeto á todas horas podia mirar á Silvia, á quien servia con recato, y celaba con seguridad, y con la ocasion de recién llegado la visitaba algunas veces; dieron en decir algunos curiosos de las acciones ajenas, que en todas partes sobran, que Cardenio amaba á Silvia, porque los ojos disimulan poco, y á cualquiera parte que ella iba seguia sus pasos como sombra de su resplandor. Advirtió tambien ella con algun cuidado, no porque se le hizo novedad el verse amada, sino porque ninguno merecia con tanta razon ser correspondido. Era Silvia discreta, y como tal conocia las gracias y entendimiento de su nuevo amante; parecíale bien, porque lo bueno imaginado como tal es imposible que desagrada; y así, poco á poco iba olvidando su natural esquivo, descubriendo su corazon, que si no amaba, por lo menos agradecia, que viene á ser lo mismo, porque quien empieza á agradecer, no agradece para despreciar; consideróse igual á Cardenio, querida de Cardenio, y envidiada de muchas que en su presencia le alababan; parecióle que seria delito tratar mal á

quien la queria bien; muchas veces podia Silvia haber hecho esta consideracion con muchos que la adoraban, pero nunca una mujer se lastima de lo que padecen otros hasta que ella pasa por el propio desasosiego; ya Silvia amaba, y como amaba se compadecia; y estando una noche tratando estos cuidados solamente con su pensamiento, su viejo padre, que hasta entonces en su opinion Albanio merecia este nombre, habiéndose informado de que Cardenio y otros muchos la estimaban, temiendo no hiciese alguna locura con que malograrse su nobleza, para que se librara del peligro que podia tener, la contó el verdadero suceso de su historia, y enseñándola algunas cartas de las que habia recibido, la dió por nuevas que cuando menos imaginase se habia de ver en diferente estado, y así mirase lo que hacia, porque no la culparian á ella de cualquier desatino que intentara, sino al poco cuidado que él habia puesto en defenderla, y que pues habia nacido con tal ingenio como hermosura, y sobre todo con muestras de natural virtud, la rogaba que se acordase siempre de la sangre que habia heredado, y le pagase el amor que la tenia con no dejarse conquistar de quien neciamente la solicitaba, pues ninguno la merecia. Con notable suspension escuchó Silvia las verdades de Albanio y su secreto nacimiento, y prometiéndole obedecer sus consejos, le aseguró de sus sospechas, quedando tan confusa como desengañada. Acordóse de Cardenio, y viéndose con algun estorbo para ser suya, sintió el perderle; mas considerando que amarle era enojar á Albanio y ofender su sangre, se determinó, aunque no con mucho gusto, á olvidar aquella apariencia de deseo y esperar el dia en que se conformase su inclinacion con su calidad; y estando Cardenio adorando una tarde las paredes de su casa, la vió salir sola, y que enderezaba su camino hacia el hermoso y alegre prado, ó á divertirse de algun desvelo que traía, ó á entretener las dilatadas tardes del apacible mayo; fuése por otra parte para cogerla descuidada, haciendo de modo que el encontrarla pareciese que habia sido premio de su deseo, y no curiosidad de prevencion; llegó la disfrazada Diana, y sentóse entre un jardin de comunes flores que la naturaleza sin cuidado habia producido con el ayuda de un arroyuelo que tenian por vecino, que acaso lo era porque siempre murmuraba, y admirada de lo que aquella noche la habia contado Albanio por su desdicha, consideraba la poca ventura que tenia, pues cuando pudo emplearse en un caballero que la estimaba y merecia, la sirvió de impedimento el verse tan inferior á sus prendas, y cuando la agradaba Cardenio, igual suyo y digno de cualquier cuidado, la estorbaba el estar advertida de su nobleza; y viéndola Cardenio tan divertida, que no habia reparado en que le tenia delante, quiso decirle su voluntad de manera que ella la supiese, sin que imaginase que se la decia, y disimulando haberla visto, y pidiendo licencia á su turbacion, dulce y enamorado cantó así:

Selvas, no vengo á quejarme;  
Alegre y contento vengo,



Que si está en necios la dicha,  
En mi vida fui mas necio.  
Quiéroos contar mis venturas,  
Y no es poco si las cuento,  
Que estoy tan hecho á desdichas,  
Que á mí mismo no me creo.  
Amor tengo, selvas mias,  
Pero es tan divino el dueño,  
Que solo en haberle amado  
He parecido discreto.  
Bien conoceréis á Silvia,  
La que con dos soles negros  
Todo cuanto mira rinde,  
Mas diréis tales son ellos.  
Aquel hechizo del valle,  
A quien pienso que dió el cielo  
La comision de matar,  
Y á mí me topó el primero.  
No penseis que os miento, selvas,  
Que en viéndola diréis luego:  
Bien haya tanta hermosura;  
Buen gusto tiene Cardenio.  
Mirame con buenos ojos,  
Aunque no es favor muy cierto,  
Pues si mira con los suyos,  
Claro está que han de ser buenos.  
Silvia, en fin, me abraza el alma,  
Y aunque muero si la veo,  
Por hacer gusto á mi amor  
Sus estrellas miro y muero.  
Y así cuantos verla quieren,  
Lástima me dan y celos;  
Lástima porque los mata,  
Y celos porque la quiero.  
Hácente salir colores  
Cuando á sus ojos me atrevo,  
Que como la quiero mucho,  
La tengo mucho respeto.  
Es un ángel, selvas mias,  
Y como no la merezco,  
Mientras se duele de mí,  
Con quererla me contento.  
Selvas, aquesto es verdad,  
Esto paso, aquesto siento;  
Prestalde mi amor á Silvia,  
O quitadme el que yo tengo.

Cantó tan sentido el enamorado Cardenio, que puso en cuidado á Silvia, y no quiso volverse á su casa sin hablar con el dueño de la voz y de los pensamientos; salióle al paso Cardenio, como admirado de la novedad de verla; y Silvia se receló como temerosa del peligro que la amenazaba su voluntad. Parecióle mas galán, porque le miraba como imposible de gozarle, y preguntóle si era él acaso quien tan dulcemente habia referido sus ansias á las selvas. Bien sabia Silvia que era Cardenio, porque él mismo habia dicho su nombre, pero estaba ya de manera, que por escucharle segunda vez se lo preguntaría muchas. Respondió que él era, aunque desgraciado; quiso irse Silvia por no escuchar cosas que la pudieran hacer salir colores y aun obligarla á que se perdiese mas de lo que estaba. Detúvola Cardenio, aunque fué menester poco, y advirtiéndola que se daría por pagado de su amor si le escuchaba parte de su sentimiento, la dijo desta suerte: Silvia, si pensara que amándote habia de ofenderte, así en la opinion como en el gusto, sabe Dios que me quitara yo mismo esta triste vida, si acaso no es tuya, para que me faltara con ella la ocasion de enojarte; pero como tengo por cierto que el amor de un hombre, cuando no es con perjuicio, no ofende, me animo á llevar adelante mis pensamientos sin comunicarlos mas que al

secreto destes árboles, que son amigos que no hablan. Yo estaba, como has visto, cantando ó llorando, que en quien ama tan cierto es lo uno como lo otro, y pienso que me oíste; mas si es así, no te pese, que bien puedes pasar por el gusto de ser querida, pues yo paso por el tormento de amar, siendo mal pagado. No te pido, Silvia mia, que me quieras; pero solo te suplico que no te enojos de que te ame, pues se precia mi amor de tan poco interesado, que apenas tengo atrevimiento para desearle, porque pienso que el amor que no llega á los brazos, si no es el mas gustoso, por lo menos es el mas perfeto. Ya estaba Silvia tan enternecida á las razones de Cardenio, que confiaba poco de su desden, y aunque queria, no acertaba á irse; mas resistiéndose con valor de mujer principal, le respondió tan rigurosa, que no pudiera hacer mas si la hubiera dicho que la aborrecia; fuése en efeto llorando por lo que dejaba, y huyendo de lo que apetecia; ya le pesaba de haber sabido su desdichado aunque ilustre nacimiento. ¡Ay Cardenio! decia por el camino, volviendo los ojos algunas veces, ¿quién pudiera pagarte esa voluntad sin aventurar la nobleza que tengo heredada? Y ¿quién pudiera recabar con el cielo que te diera la calidad que te falta, para que yo te ofreciera un alma que me sobra? Así se ausentaba y se quejaba tan piadosa, que quiso atreverse á su vergüenza y volver á consolar al que quedaba con mas amor, aunque con menos esperanza. No la quiso seguir Cardenio por no enojarla, pensando que se habia ofendido de veras. Era discreto por ser desconfiado, y como amaba temia, y como temía, tuvo por cierto el desden de Silvia. Confirmó su poca ventura considerando que no hallaba modo para agradaarla, pues siendo caballero, la habia ofendido, y viéndose villano, la habia enojado. Bien quisiera poder quitarse la noble sangre con que habia nacido, para poder con mas libertad pedirla por suya; mas procurando consolarle, remitió á sus ojos su sentimiento; y viendo entre los demás árboles uno que habia sido tan desgraciado parto de la primavera, que como si hubiera probado los rigores de diciembre, estaba falto de galas y hermosura, pareciéndole que habia hallado con quien hablar y contar sus lástimas, pues era compañero suyo en las desdichas, cantó con envidia de las aves desta suerte:

Arbol que en tus verdes años  
Fuiste blanco de venganzas,  
Pues te faltan esperanzas  
Y te sobran desengaños,  
Ten á ventura tus daños,  
Que en fin tu suerte acabó  
Y el cuidado te quitó  
De temer lo que has dudado,  
Pues no teme un desdichado  
Cuando ve lo que temió.  
En tí mis desdichas vi,  
Pues yo tambien esperé,  
Aunque mi tormento hallé  
Donde menos te temí;  
Lo mismo pasa por tí,  
Pues la primavera trata  
De tu muerte y te maltrata  
Cuando puede darte el ser,  
Que es en efeto mujer,  
Y no se libró de ingrata.

Apenas fuiste del suelo  
Lisonja cuando un rigor  
Fué injuria de tu verdor,  
Fué para de tí desvelo;  
Desdeñoso anduvo el cielo,  
Aun antes de castigarte,  
En lucirte y adornarte,  
Pues pudiste sospechar  
Que te gustaba de dar  
Para tener que quitarte.  
Tú estás con muerta esperanza,  
Y yo con vivo cuidado;  
Tú lloras el bien pasado,  
Yo la presente mudanza;  
No hay humana confianza  
Estable, firme y segura;  
Dióte el cielo esa hermosura,  
Y fuera mucha extrañeza  
Vivir con tanta belleza  
Y tener mejor ventura.  
El cielo á tí te quitó  
La vida, pero yo á mí,  
Pues quise ver lo que vi,  
Y vi lo que me mató:  
En mi pena solo yo  
Me doy el mayor castigo,  
Yo mismo á mí me persigo,  
Aunque mi muerte recele,  
Que tal vez un hombre suele  
Tratarse como enemigo.  
Cuando lloras tu caída,  
Yo siento mi suerte triste;  
Tú la esperanza perdiste,  
Yo la esperanza y la vida;  
Los dos la vemos perdida,  
Que el cielo lo quiso así;  
Tú fuiste lo que yo fui,  
Gozaste lo que gocé,  
Tú viviste, yo esperé,  
Tú acabaste, yo cai.

Llegó lo noche, y Silvia estuvo aguardando á Cardenio, sin quitarse de la ventana, el cual apenas vino, cuando encerrándose en su aposento y dejando el grosero hábito, se vistió las mejores galas que tenia entre muchas que trujo, por lo que pudiera sucederle, y cuando todos estaban entregados á la quietud de la noche, salió de su casa, y fué á la de su ingrata Silvia, que con el calor del tiempo y el que habia cobrado aquella tarde no podia alcanzar del sueño que la divirtiese de aquella agradable pesadumbre. Acercóse Cardenio con intencion de saber segunda vez si mudando traje se mejoraba su fortuna; reparó Silvia en él, y viendo que no pasaba adelante, sino que daba á entender que la esperaba para hablarla, consultando con su recato la respuesta, se dispuso á cerrar la ventana y cumplir con la obligacion que á sí se debía, y antes que lo hiciese, la dijo Cardenio mirase que por escucharle dos palabras no perdía tanto que fuese menester valerse de sus tiranías; y por no perder la ocasion que tenia entre las manos, prosiguió diciendo: Yo soy, señora, un caballero que pasando por este lugar vi vuestra divina hermosura; pluguiera á Dios hubiera nacido sin ojos para que me excusara de lo que por su ocasion padezco; vila, en fin, por mi desdicha, que desdicha parece amar un hombre á quien sabe que no le paga, y volviendo á veros, os hablé una noche en mi cuidado, y hallé tan poco lugar en vuestros ojos, que aun no les debí que por descuido me mirasen; procuré divertir esta voluntad en la corte, y lo hubiera hecho si vos fuéades menos

hermosa; mas hallando por imposible olvidaros, quise volver á saber de vos si acaso gustais de que me empuñe con mas fuerzá en quereros, dándome alguna esperanza, ya que no de amarme, siquiera de agradecerme una voluntad tan noble; este desengaño espero de vuestra boca, que aunque salga contrario á mi deseo, me servirá de saber que nací para llamarme vuestro, pero no para mereceros por mia. Oyóle Silvia, mas por ver si se olvidaba de Cardenio que porque gustaba de escuchar ajenos cuidados; y como quien ama tiene hecho el gusto á las palabras de su dueño, acordándose del que lo era suyo, la desagradó cuanto escuchaba entonces. ¡Oh fuerza de la pasion de quien quiere bien! Cardenio fué el que habló á Silvia la pasada tarde y el que la habla agora; entonces villano, y agora caballero; el mismo entendimiento tiene, y aun mejor, porque está en hábito mas á propósito para la inclinacion de Silvia; pues ¿cómo le desagradó el mismo que le ha parecido bien? Milagros son de la voluntad, que todas las cosas que mira en el sugeto que estima las califica por acertadas y cuerdas; en un hombre querido todo es gracia, los errores son aciertos, los disparates agudezas, y las ignorancias donaires; el ejemplo tenemos en las manos, pues Silvia estaba tan pagada de su Cardenio, que, con ser el mismo el que la estaba hablando, solo porque le imaginaba como otro la ofendia, y tanto, que le respondió resueltamente no se cansase, porque fuera de que su calidad era desigual á su estado, en un lugar corto está tan sobrada la malicia, que cualquiera cosa, por limitada que vieses, habian de atribuir á liviandad; y lo que mas la quitaba las esperanzas de pagarle era verse cautiva de una voluntad que no la dejaba admitir otra en su honesto pecho, porque ella amaba, y un corazón con poco gusto lleva sobre sí mas de un cuidado, que repartirle en diferentes dueños es no tenerle de ninguno; y así, la perdonase, y procurase, si la queria, no venir tercera vez donde ella le viese y los demás le notasen, y despidiéndose, cerró la ventana. Quedó Cardenio tan desengañado de su corta dicha, que ya le pesaba de haber sabido tan á su costa lo que habia de ser principio de su muerte. Mirábase, no solo amando sin ser correspondido de Silvia, sino que escuchaba de ella que tenia voluntad, y que no seria á él, pues le trataba con tantos rigores; y como si el vestido fuera causa de sus penas, le hizo pedazos por testigo de sus ofensas y por no haber sacado con él sino desengaños que le atormentaban. Maldecia su fortuna, y pedia al cielo le quitase la vida, porque aunque Silvia le habia muerto, era de manera, que le dejaba vivo para el sentimiento, y difunto para la esperanza; y viendo que estaba cerrados todos los pasos para agradaarla, y que con ruegos no se obligaba, porque no era noble, ni con finezas, porque se preciaba de ingrata; con galas no, porque habia nacido grosera; con vestirse de sayal tampoco, porque era altiva; con amores menos, porque queria en otra parte, se acordó de las veces que los celos han hecho milagros en la voluntad mas tibia, porque una mujer suele descuidarse amada, y amar aborre-